

Desilusión

DAVID VELA MONGE



“

Algo falla cuando las cartas a los reyes son demasiado largas, cuando se recompensa sin alcanzar las metas, cuando los valores son algo secundario...

”

Echo de menos las caras de asombro cuando la carroza de tu rey mago favorito pasa ante ti. Solo los más pequeños, aquellos que apenas pronuncian palabra, asisten ensimismados al paso de tan colorido desfile de personas y personajes; capturando con los ojos como platos, seguramente a hombros de alguno de sus progenitores o de el orgulloso abuelo todo lo que pasa delante de ellos, hasta que un caramelo les da de lleno en toda la cara y en ese momento despiertan del mágico sueño. Es broma.

Pocos son los niños que buscan a golpe de voz, con ese agudo que solo ellos logran, que Baltasar busque entre la multitud al culpable del grito y crucen esa mirada buscada por todo niño. Saber que te ha visto, que estas allí, ya nada puede salir mal, solo queda esperar a que amanezca y salir corriendo a vaciar el zapato y recoger los regalos.

Ahora las caras de los niños están carentes de ilusión, están allí porque a sus padres se les ha antojado salir a ver la cabalgata. Los caramelos según los lanzan sus mágicas majestades van de vuelta buscándoles, son ellos los que ahora reciben caramelazos.

Algo falla cuando las cartas a los reyes son demasiado largas, cuando se recompensa sin alcanzar las metas, cuando los valores son algo secundario, cuando la apatía es algo común, cuando se quedan regalos sin abrir por hartazgo, cuando nuestros hijos necesitan cantidad y calidad y no se conforman con cualquier cosa.

Actúan como si el lujo y la comodidad fueran los pilares más importantes de la vida, mientras lo único que necesitan es una pizca de ilusión.

Están de vuelta de todo, tienen acceso a demasiada información. Si no matan ellos mismos esa ilusión alguien se encarga de ponerla en el paredón, a veces los mismos padres. Parece que queramos acabar con las antiguas costumbres y educar a nuestros hijos en una realidad quizás necesaria a la que por sí solos sin duda llegarán.

Dejemos que vivan todo el tiempo que necesiten en esa bendita ignorancia acorde a su edad. No pretendamos tener hombres en cuerpos de niños.

Tampoco los niños quieren serlo. Quieren las condiciones y libertades de los adultos con los mocos todavía colgando. Estigmatizan al que va acorde con su edad, al que sigue el camino, al niño que viaja al paso que la vida marca.

Tengo cuarenta y tres años, pronto los dientes comenzarán a moverse y cuando caigan los pondré bajo la almohada esperando al ratoncito Pérez, y

todavía cada año, me levanto el día de reyes con la ilusión de encontrar mi regalo bajo el árbol.

Durante toda mi vida me he encargado de cuidar y alimentar esa ilusión que nunca debiera abandonarnos. Un niño sin ilusión es un hombre vacío.